



QUIROGA EN EL TALLER

• *Hicracio Quiroga: SOBRE LITERATURA. Editorial Arca, Montevideo, 1970, 140 pp.*

AUNQUE esta recopilación de treinta y siete trabajos de Quiroga no recoge sino una actividad secundaria, a veces subsidiaria, de quien fuera por sobre todo un vigoroso cuentista, su lectura tiene el interés que despierta una personalidad presente con todo lo que es en cada línea de lo que escribe. Escritos para diarios y revistas, la mayoría para "El Hogar", se aspiran sino a comentar, con una libertad que nunca llega a ser desa-

gransión —y casi siempre con maravilloso buen humor— algunos aspectos del quehacer literario o de sus alrededores. Nos permiten conocer en estado naciente, sin mayor recato, ideas y sentimientos que el autor considera básicos en la actividad literaria.

En un prólogo insuperable por su concisión y exactitud, Roberto Ibáñez ofrece, junto a una "imagen sumaria" de Quiroga, una reseña crítica del material aquí reunido. Lo clasifica en tres grupos: uno, conteniendo comentarios sobre obras y autores; otro, sobre la literatura como profesión; y el tercero, sobre la poética del cuento. Es muy ilustrativa la mezcla en Quiroga de las preocupaciones artísticas con las económicas, comprobar cómo se influyen mutuamente, y de qué modo registra los avatares y desmedros correspondientes. Se vale para ello, principalmente, de una sensibilidad y de una capacidad de entusiasmo que abarcan desde Julio Verne hasta María Rosa Costa García, poetisa a la que no logró salvar sin embargo de un desconocimiento que es hoy casi total. Sus muy divulgadas ideas sobre el cuento y sus cualidades más relevantes, aparecen a menudo vivamente expuestas, y por momentos se divierte reseñando trucos e registrando deslices y artificios de fisueña mala ley. Mantuvo sus principios estéticos con inalterable consecuencia, superando con ellos, sin visible menoscabo, la vacua retórica del decadentismo, para afincarse en un realismo que supo realzar, no sólo con su fuerte sentido de la vida y de la muerte, sino también con un esmero formal que recabó de maestros —Poe, Maupassant, Chéjov, Kipling— en quienes creía "como en Dios mismo".

Resulta aleccionante su doble devoción: a la "vida", tal como la concebía con robusta fidelidad a su verdad pri-

maria, y al arte, como versión de la vida a través de una estructura en donde no hay detalle que no cuente. No deja de ser patético su artículo "Ante el tribunal"; presente en él —pues no fue seguramente una experiencia vivida— la derogación con que las nuevas generaciones desestimarían su obra, para ser destronadas después por otras nuevas, como a su vez se complace en predecir.

La verdad es que la disyuntiva no es tan tajante. La obra de Quiroga, es cierto, ya no se acompaña con las modas y modos imperantes; pero hay muchas maneras de sobrevivir, y no precisamente en el ambiente helado de un museo. Y Quiroga, pese a todo, conserva ese margen de actualidad que puede más que el tiempo. La razón de esa persistencia se advierte precisamente en este libro, muy revelador, tanto de su temperamento, como de su concepción, siempre legítima y defendible, del escritor considerado sobre todo como obrero y como artista.

WASHINGTON LOCKHART